

o aquellas otras:

*manos en forma de nido
con tibio y blando plumón,
para dormir al herido
pájaro de la ilusión.*

Un higienista contemporáneo dijo: «si queremos salvar nuestra piel, lavémosla».

Y un conocidísimo político inglés, medía la cultura de los países que visitaba, según el diámetro de la palangana que sus naturales utilizaban.

Los primeros conductores de multitudes comprobaron, sin duda, los beneficios del aseo personal, y su práctica aparece obligado rito en las primitivas religiones. Así, las antiquísimas leyes de Manu...

Ya está *metiéndose* con los antepasados, pensará alguno de los que me escuchen. Pues sí, señores. Y, en parte disculpé ya, mi apego a estudiar cosas pretéritas, que, aparte mantener vigilante de modo insospechado, la disciplina del espíritu, influye de otras dos maneras, una, —decía un chusco — evita que se descubra otra vez el alambique, por la otra refrena la soberbia que pudiera hacernos creer, que solo ahora estamos en lo firme y hasta llegar a nuestra época de egotismo desmedido, sólo tinieblas existían en los conocimientos humanos.

Cuando es lo cierto que, apesar de nuestra hueca actitud de sabihondos, en muchas, en muchísimas cuestiones, no se adelantó paso, y aun retrocedimos.

Ahora mismo van causando sensación las experiencias que se llevan a cabo, principalmente por fisiólogos japoneses, sobre lo que llaman *ultrasonidos*, es decir ondas sonoras cuya frecuencia es superior al límite de las percepciones auditivas, y cuya transmisión a distancia y cuya espantosa acción destructiva sobre los tejidos nobles del organismo utilizaron entre otros los aborígenes mejicanos, aunque hasta ahora, se había tomado a chacota las alusiones insertas en manuscritos hallados de civilizaciones desaparecidas.

En la obrita que, con el título de «Manera de protegerse contra las infecciones», publiqué el año 26, al ocuparme de la influencia que ejercen sobre las infecciones los fenómenos meteóricos, decía: «Pero al tratar de estudiar los elementos que integran su gestión, aparece de nuevo la interrogante que no consiente vislumbrar siquiera la génesis íntima de bastantes problemas higiénicos: periodicidad de infecciones, carácter particular en cada caso, etc. etc. Y al cabo de tantos siglos, hemos de contentarnos con repetir, según decía Hipócrates, que las modificaciones atmosféricas, imprimirían a los